



LA SEMANA
DE ROMÁN
REVUELTAS

Pedir limosna con inteligencia

Deberíamos de pedir la Luna en vez de reclamar migajas y menudencias, por más urgente que parezca el tema migratorio. Exijamos al país más rico del planeta un plan de ayuda global que nos enriquezca de verdad. Todos ganaríamos. Ellos y nosotros. Tal vez no lo saben. Nos toca que se enteren. Que se entere Obama

México aspira a ser tomado en cuenta por Estados Unidos. Pero, en el discurso inaugural de Barack Obama no hubo ni media palabra acerca de nuestro país. Por lo visto, compartir una frontera de miles de kilómetros no basta para figurar entre las prioridades de una nación que, por el contrario, se siente altamente responsable de lo que ocurre a miles de kilómetros de la Casa Blanca: Irak y Afganistán cuentan mucho más que Chihuahua o Tijuana. Pakistán es una preocupación mayor para los estrategas del Departamento de Estado mientras que Irán les resulta un molestísimo dolor de cabeza. Israel, por su parte, es una referencia absoluta para cualquier Gobierno estadounidense. En lo que toca a la economía, China ha desplazado a México como segundo socio comercial de la primera potencia mundial. Por último, en lo que se refiere a los lazos sentimentales, los yanquis guardan una inmutable querencia

hacia los británicos, sus antiguos colonizadores. Hasta ahí, la agenda exterior del imperio: Canadá, que comparte también frontera y colosales intercambios de mercaderías, es un territorio demasiado estable y tranquilo como para quitarle el sueño a los norteamericanos.

Lo que sí ha dicho Obama, algunos días más tarde, es que el desarrollo económico de su vecino sureño aminoraría la inmigración ilegal. Es evidente que los mexicanos — como esos subsaharianos

que cruzan el Mediterráneo para alcanzar las costas de España o los albaneses que sueñan con el paraíso italiano — se quedarían en casa por poco que tuvieran oportunidades de vivir con un salario decente y expectativas de un buen futuro. Esto no ocurre. Y, vistas las cosas, la cortedad de miras de nuestra clase política significa una especie de condena de pobreza eterna por no hablar de los persistentes vicios de la sociedad mexicana. ¿Les apetece enterarse de un dato totalmente

Estados Unidos no nos va a respetar mientras sigamos mendigándole las oportunidades que nosotros mismos deberíamos de brindar a nuestros compatriotas

desalentador, amables lectores? Pues, México, entre los países de la OCDE — un club de naciones presuntamente prósperas — es el que más gasta... en educación. Fantástico, dirán ustedes. Sí, en efecto. Hasta que compruebas los desastrosos resultados de los alumnos, hasta que te adviertes las cifras de los

chicos que no terminan ni la secundaria, hasta que pones un pie en una escuela pública mugrienta y ruinoso, hasta que cotejas la espantosa ortografía de los maestros y hasta que verificas la deplorable falta de comprensión oral de unos y otros. Ahí se termina la alegría de las cifras. Cuando los problemas no pueden resolverse ni a punta de dinero entonces las soluciones parecen imposibles.

Esperemos, sin embargo, que esta conciencia de que México necesita prosperar se convierta en algo así como un tema apremiante para Estados Unidos. El ejemplo de la Unión Europea (UE), en este sentido, es todo un modelo: los países más atrasados recibieron ayudas directas de los miembros más ricos de la comunidad. Y así, Grecia, Irlanda, España y Portugal se beneficiaron de los famosos fondos estructurales y fondos de cohesión para desarrollar sus economías de la misma manera como ahora lo están haciendo Hungría, Rumania o Eslovenia. No hay nada parecido en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Naturalmente, no es un acuerdo de la misma naturaleza y, hasta ahora, no prevé ni lejanamente los niveles de integración — moneda única, libre circulación de ciudadanos gracias a las negociaciones celebradas en Shengen, pasaporte comunitario, etcétera — que tienen los países miembros de la UE. Pero, justamente, el Gobierno de México debería de dirigir sus peticiones en este sentido en vez de limitarse a limosnear, como hasta ahora, un



mero acuerdo migratorio que, en los hechos, significa la perpetuación de una relación desigual. Estados Unidos no nos va a respetar mientras sigamos mendigándole las oportunidades que nosotros mismos deberíamos de brindar a nuestros compatriotas.

Ahora bien, ya puestos—es decir, ya bien entrados en la práctica de tender la mano—pues entonces deberíamos de pedir la Luna en vez de reclamar migajas y menudencias, por más urgente que parezca el tema migratorio. Exijamos, al país más rico del planeta, un plan de ayuda global que nos enriquezca de verdad. Todos ganaríamos. Ellos y nosotros. Tal vez no lo saben. Nos toca que se enteren. Que se entere Obama, o sea. ■■

revuektas@me.com

